

La vida que me roza

Ángeles Franco

LB
EDITORIAL

LA VIDA QUE ME ROZA

Nota de la autora

Nunca se me pasó por la imaginación la idea de escribir un poemario. Hasta hace unos pocos años, mi relación con el mundo poético era simplemente contemplativa. Desde mi infancia, la literatura siempre estuvo presente en el hogar familiar: mi padre se ocupó de dotar a nuestra biblioteca de joyas literarias de muy distintos géneros; mi madre fue siempre una entusiasta recitadora de poesía, novelas y literatura eclesiástica; y mi hermano Rafa descubrió en los últimos años de su vida su marcada vocación por la escritura, que compartió con mi tía Pepa. Recuerdo el deleite que me producía en mi adolescencia recitar a viva voz la poesía de diferentes autores.

Con el tiempo, muchas fueron las veces en que, sentada ante una hoja en blanco, dejé fluir las palabras que acudían a mi mente, a veces sugeridas por una simple imagen, a veces por una vivencia o por un sentimiento. Esos textos andaban dispersos: unos en el ordenador, otros en las redes sociales, alguno olvidado en alguna libreta en un cajón de la mesilla de noche. Cuando por fin, animada por personas cercanas y queridas, me dije «¿por qué no?», emprendí la aventura de enhebrar todo aquello con nuevos poemas hasta sentir que el conjunto cobraba vida propia.

Me invade ahora una sensación de vértigo al saber que, tras un largo periodo de gestación, el libro sale por fin a la luz, dispuesto a encontrarse con la mirada de otro. Es un reto que afronto con ilusión y a la vez una responsabilidad, porque en el

acto de escribir reside no solo la necesidad de expresarme, sino también la voluntad de mostrar cómo respira mi piel y construir un yo poético.

Y escribir me sitúa también del otro lado, como espectadora de otras vidas, de personas cuyas sensibilidades, maneras de mirar el mundo y de relacionarse van configurando ese entramado vital del que surge la poesía.

Tengo la fortuna de haber contado para la publicación de este poemario con las ilustraciones de mi querido amigo Carlos Rodríguez (Charly), diseñador gráfico de una amplia trayectoria profesional. Su trabajo ha superado todas mis expectativas y ha sabido interpretar con enorme sensibilidad el espíritu que he querido imprimir a estos textos. No podía haber encontrado un compañero de viaje mejor.

La vida que me roza es el título elegido para este poemario, desde el convencimiento de que nuestra corta existencia comienza y se desarrolla precisamente a partir de un leve roce que se demora, que se vuelve reconocimiento y acaba siendo compañía. Una confluencia, a veces casual y a veces elegida, que nos invita a mirarnos, a conocernos y a transformarnos.

Dedicatoria

A mi hijo Pablo, porque desde el primer contacto la sensación de acariciar el manto que recubría su piel fue una de las experiencias más gratificantes de mi vida y al observarlo, comprendí que había nacido una nueva dimensión del amor.

A mi hijo Gerardo, porque las dificultades de su nacimiento me enseñaron que siempre hay un cauce húmedo por el que la vida puede fluir con naturalidad, y en ese fluir encontré la alegría de conocer su ternura.

A Ángelo, por sembrar en mí la semilla de la maternidad, por su vitalidad, por su elegancia en el saber estar, por su sonrisa siempre presente y por ser el aliento renovado de cada día.

A ti que me lees, por ser ese roce sutil que me acompaña y que agradezco en mi vida.

I: Confluencias

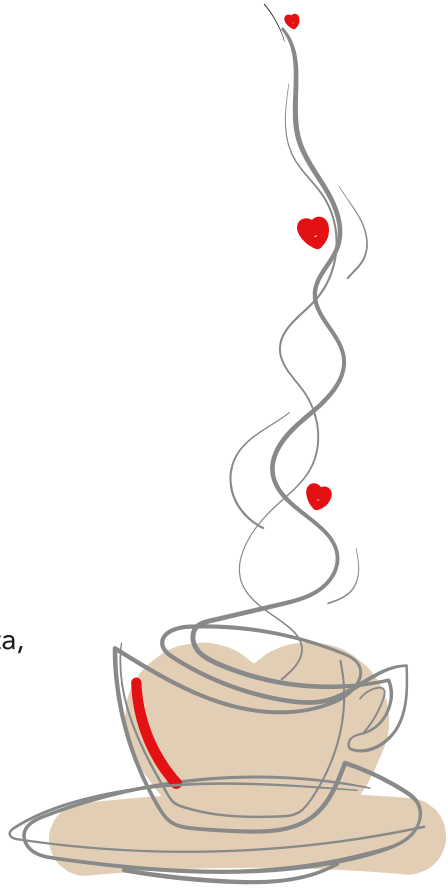
Café oscuro

¿Quién dijo
que hay calles que nunca se cruzan
si tu sombra
roza la mía
cuando el deseo
dobla la esquina?

¿Quién habló
de razones sin alma
si basta tu voz
para incendiar
mis silencios?

Entre tu acera
y la mía
no hay distancia,
solo un café oscuro,
una cucharilla
girando más de la cuenta,
un temblor
innombrable:

poesía
vestida de piel.



Pisadas

Paseamos por el bosque.
Las hojas de otoño
crujen
bajo nuestros pies.

Me preguntas qué escucho.
En mi respuesta viajan
la voz del aire,
tu risa,
el tictac de un reloj
que se olvida del tiempo.

Suspendidos en un abrazo,
respiramos
el aroma de las retamas.

Cristalina, el agua
renace
en cada pausa.



Y allí,
entre hojas que cobijan
secretos del viento,
algunas historias
empiezan
con el chasquido leve
de unas simples pisadas.

